

INSTALACIÓN / FOTOGRAFÍA

Huella de la ambigüedad

Xavier Veilhan
Galería Javier López. Madrid
C/ Manuel Longoria, 7
Hasta el 4 de marzo

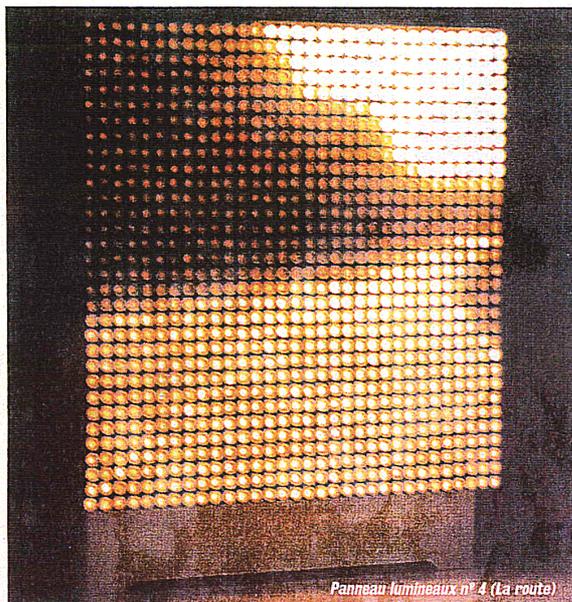
NADA más encontrarse con el enorme caballo, construido con pequeños listones pintados de rojo, mi hijo pequeño pronunció una frase categórica: «Me gustan las cosas que están bien hechas». En la obviedad de esa declaración hay una remisión a una dimensión materialista. Recordaré el vínculo que establecía Nicolas Bourriaud entre la estética relacional y el materialismo aleatorio, ese atenerse a la contingencia del mundo desde la conciencia de que una búsqueda mayúscula del sentido puede tener algo de regresivo. Las situaciones construidas que inundan el mundo del arte contemporáneo suelen deslizar una visión del arte como práctica lúdica. Las operaciones que, por ejemplo, Gabriel Orozco ha desarrollado o los sarcasmos de Cattelan adquieren en Veilhan una modulación que circula entre la sutileza del uno y la provocación paródica del otro.

Hay un intento de dismantlar géneros clásicos, como el de la escultura equestre, así como una revisión de lo fotográfico, distanciándose de la retórica teatral que también es hegemónica. Dan Cameron señalaba que este artista se dedica a «salvar las apariencias», jugando con la idea de verdad. Su universo de réplicas

nos lleva más allá de la situación postmoderna de precesión de los simulacros, teorizada en extenso por Baudrillard. Veilhan disfruta componiendo historias que no tienen nada de heroico: unos personajes intentan darse una explicación al ver la torre Eiffel semiderruida; otros miran un dirigible demasiado cerca del suelo. Pero también están sus construcciones en las que, al penetrar, se siente una mezcla de extrañeza y diversión: el bosque de tela sintética o la gran gruta hecha con moquetas, una especie de mundo en el que el sujeto de la era cibernética puede retornar irónicamente al contexto troglodita.

Tras las variaciones sobre las bicicletas o la conversión de una moto en torno de alfarero, Veilhan es caballo que me remonta al recuerdo (lastimoso) de las clases de marquetaría de la escuela. Bien es verdad que el irónico Veilhan, colega de creadores como Bismuth y Huyghe, y una de las figuras más destacadas de una generación en la que también han comenzado a imponerse Parreno, Bulloch, D. Gonzalez-Foerster o L. Gillick, no convierte sus obras, afortunadamente, en un archivo de codificación conceptual. Al contrario, hay en sus propuestas una resistencia a la «interpretosis» y una preferencia por un mundo en el que los juguetes han aumentado su escala, las máquinas celtas pierden su dimensión trágica y la comunidad parece que se reorganiza micrológicamente.

Fernando Castro Flórez



Panneau lumineux n° 4 (La route)

Artes
de deriva

La muerte y la fama

RODRIGO MUÑOZ AVIA

Lo estamos comprobando en los últimos tiempos: las noticias de cultura sólo se escriben con mayúsculas y a cuatro columnas cuando hablan de la muerte. El arte y la cultura sólo pueden alegar el fallecimiento de uno de sus representantes para conseguir abrir los telediarios, habitualmente copados por el fútbol, la política, las adversidades climáticas y las curiosidades varias. Es como si los artistas o los intelectuales sólo nos importaran cuando están muertos. Como si fuera entonces cuando menos miedo nos dan, cuando más humanos se demuestran, cuando menos pueden aburrirnos con sus eruditas reflexiones o asustarnos con sus incómodas y extrañas concepciones del mundo. Parece que el acontecimiento más noticiable que un artista puede generar es su propia muerte, como si ésta fuera un mérito, como si su auténtica conquista fuera haber muerto.

Es triste, pero es así: tenemos muertos de portada, de página par o de simple columna

Hay una parte muy humana en esto de glorificar a los muertos. Es cierto que solemos percatarnos de la existencia de mucha gente sólo cuando muera. Morirse es probablemente el acto más humano que pueda realizarse y el que más nos acerca a los demás. En la muerte de los otros reconocemos al fin la misma debilidad y disponibilidad fatal que todos escondemos en algún lugar, esférico y nuclear, de nuestro interior. A la postre todos moriremos. Por eso da igual si el muerto era premio Nobel, jugador de fútbol o frutero: lo que nos importa saber es cómo murió, cuánto tiempo llevaba enfermo, como está la viuda o el viudo, y este tipo de cuestiones tan terriblemente terrenales.

Ya sé que puede argumentarse que cuando los medios de comunicación prestan tanta atención a la muerte de un pintor o un escritor o un actor es la vida del personaje lo que se loa y se evoca, no su muerte. Si a un artista se le dedican cinco páginas de un periódico, no es porque su muerte lo merezca, sino su vida. En este sentido, a todo creador, perpetuamente sometido en vida al juicio público, le aguarda con la muerte un último y definitivo juicio —el Juicio Final— en las redacciones de nuestro medios. Con la muerte llega el momento de hacer prematuros y precipitados balances, y de me-



Detalle de un dibujo de Zoran Music

dir la dimensión de un personaje en función del número de columnas, páginas o minutos que se decida dedicarle. Es triste, pero es así: tenemos muertos de primera página, muertos de página par o de página impar, muertos de una columna, o discretos muertos de obituario.

Chascarrillos aparte, hay algo revelador en todo esto, en el hecho de hablar tanto y aplaudir tanto a los muertos cuando sólo hace unas horas de su muerte. Parece que coremos demasiado, que cubrimos con ruido la auténtica dimensión del asunto, que no nos atrevemos a mirar a la muerte cara a cara, que, incapaces de la reflexión y el pensamiento pausado, enturbiamos precipitadamente un acontecimiento tan unívoco y sencillo. Pero toda esta parafernalia que montamos alrededor es propia de los vivos, no de los muertos. Es propia de todos los que vivimos prisioneros de esa cosa llamada actualidad, y de esa cosa llamada información, que del mismo modo que simplifica, trivializa y devora nuestras vidas, también lo hace con nuestras muertes. Si seguimos concibiendo la cultura como un mero suministrador de acontecimientos de actualidad, seguiremos concibiendo la muerte como la mejor oportunidad de alcanzar la soñada fama, el último peldaño de un histriónico escalafón.

En fin, dejemos reposar a los muertos. No los utilicemos, no los convirtamos en simples noticias, en especiales televisivos o en inmediatos estandartes de nuestras ideologías. No tengamos tantas prisas. Démosle la gravedad que merecen a estos acontecimientos. Permitamos que las muertes de nuestros maestros sean eventos sencillos, íntimos y verdaderamente trascendentes, porque ellos son tan humanos como todos los demás. Lo que les aleja del resto de los humanos es su obra, pero ésta no muere tan fácilmente. Es a la obra a la que deben acompañar los periódicos, las televisiones y los ministros. ♦